

MAX WEBER

ENSAYOS DE SOCIOLOGIA CONTEMPORANEA

Barcelona, Ediciones Martínez Roca S.A., 1972

AGRADECIMIENTO Y DESAGRADECIMIENTO

Hay que agradecer a la editorial Martínez Roca que por fin algún editor del mundo hispanoparlante se haya compadecido del sufrido lector del confuso alud de literatura sociológica y haya traducido, por fin — correctamente por cierto — «el Gerth-Mills». (Sobre lo que hay que desagrader me despacho a gusto al final de este apartado.)

Y lo escribo así porque esa es la forma familiar en que los estudiantes de sociología (y otras ciencias sociales) norteamericanos dominan a este libro cuya primera edición por Oxford University Press es de ¡1946! y a la que siguieron innumerables ediciones en rústica. Mientras tantos engendros o mediocridades sociológicas son traducidas casi inmediatamente de ser publicadas, esta breve y fundamental selección de Weber ha tenido que esperar casi treinta años para aparecer en lengua castellana. Alguna razón técnica — espero — de tipo editorial tiene que explicar esta injustificable demora. Porque lo cierto es, como veremos, que al lector de castellano con la ausencia de la selección de Gerth y Mills le han escamoteado por casi tres décadas un tipo de Weber que poco tiene que ver con el Weber de los anatematizadores marxistas.

Y hay que tener en cuenta que en el caso de Weber, aparte de lo que

significa que del enorme manantial de su producción en alemán — difusa, oscura, compleja, contradictoria, fundamental — se seleccionen unos textos y no otros, el problema de que su traducción es un problema de «recreación» intelectual. Pues gran parte de la obra de Weber — *Economía y Sociedad*, principalmente — fue publicada después de su muerte por su viuda en borrador. Eso, más las dificultades del estilo weberiano con su pasión por las definiciones y los excursus, y la sobrada dificultad del estilo culturalista del alemán intelectual que tanto hemos tenido que padecer los sufridos miembros y aprendices-miembros de la comunidad intelectual española.

El sociólogo alemán, exiliado entonces en USA, Hans Gerth y el notable «intelectual-literato» que fue Wright Mills hicieron una verdadera recreación de su antología de textos weberianos titulada en el original inglés *From Max Weber: Essays in Sociology*. Se sabe bien como se hizo. Gerth hizo la primera traducción: directa, lo más fiel posible al espíritu del alemán original. Mills «leyó» la versión inglesa de Gerth y la reescribió de nuevo en su propio inglés, como es patente. El resultado es que los textos del *From Max Weber* son mucho mejores, más claros y directos que los del original weberiano mismo. (Recuerdo que cuando era estudiante en Princeton mis compañeros alemanes de sociología preferían más a Weber por Gerth Mills que Weber por Weber...).

Cuanto hay de tradición en la selección y traducción de Gerth y Mills sólo Max Weber mismo podría aclararlo. Lo que sí es cierto es que los antólogos llevaron aquí claramente la sardina weberiana al ascua de su interpretación. Como lo hicieron también otros traductores y compiladores.

Por último, el capítulo de «desagradecimientos». Pase que en honor a la desubicación local el editor — como cualquier doblapeliculas — se haya permitido cambiar el título del original inglés y enviar a los compiladores, como a cualquier currinche, a la página tercera. Lo que no pasa es el garrafal texto con que somos obsequiados en la solapa. (¿De dónde habrá salido? ¡oh dioses! ¿A qué pluma de patán local o foráneo se deberá tal «tabla de horrores» introductoria? ¿De qué cárcel de papel habrá huido este recluso de cadena perpetua?). El texto de marras arranca así: «De origen judío, Max Weber...». ¡Max Weber judío! ¿A qué cabeza llena de sicalfpticos antisemitismos — o antisociologismos, vaya usted a saber — cabe encajarle a Weber, prototipo del alemán nacionalista (pág. 37 a 42 de libro), hijo de padre y madre protestantes (pág. 11 del *ibidem*) sospechoso de precursor ideológico del nazismo (pág. 57, *ibidem*) el «origen judío»? Y entre otras inexactitudes considerables prosigue la solapita de nuestros dolores: «Su posterior llegada a Norteamérica...» ¿Cómo demo-

nios puede llamarse «llegada» al viajecito turístico-intelectual de tres meses que hizo Weber a USA en 1904. (Y del que surgió luego su librito de viaje *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*; el más endeble y hoy totalmente desacreditado — salvo entre ideólogos locales — trabajo de don Max.) ¿Cómo puede sostenerse — salvo que el autor de la solapa sea un infiltrado de la U.S.I.S. — que «de aquella toma de contacto surgiría todo un esquema conceptual»? Ciertamente que la influencia del pensamiento de Weber ha sido enorme en Estados Unidos, pero en forma mucho más complicada y aleccionante que por un viajecito de tres meses, cataratas del Niágara incluidas (pág. 24 *ibidem*).

Lo más simple que se puede pensar del autor de la desaguisada solapa es que no se ha leído — leer, leer se entiende — ni la propia introducción del libro que solapeó... y a otra cosa. Y la más penosa reflexión en cambio que se puede hacer es que el desaguisado es «estructural», es decir, que solapas y nescencias de este tipo no son fruto de ignorancias particulares sino que sólo son posibles dentro de un ámbito cultural «marginal», donde lo que es primero en el mundo no lo es aquí, y lo que es primero aquí no lo es en el mundo. O quizás no... si la moneda cae del mismo lado, por azar. Sumésele ahora a los treinta años de atraso, la solapita... Pero dejemos ya nuestro espacioso y triste corral.

INTERPRETACIONES DE WEBER

El pensamiento y la obra de Weber se cuentan entre los pocos ejemplos de genuino enciclopedismo y gigantismo intelectual que ha dado nuestro tiempo tanto por la amplitud de sus intereses como por la complejidad de factores capaz de comprender en los fenómenos que el gran intelectual alemán quiso abarcar. Sin embargo, a diferencia de la producción legada por otros titanes intelectuales de pareja envergadura como Kant, Marx o Freud, de ninguna manera puede considerarse como una obra monolítica. El pensamiento de Weber es esencialmente contradictorio, resultado, en gran parte, de su intento de conciliar corrientes intelectuales muy opuestas, como el espiritualismo filosófico alemán y la lógica de la investigación de las ciencias positivas, la infraestructura económica y el historicismo, el nacionalismo con el desarrollo del capitalismo occidental, el racionalismo de medios-fines y el respecto por lo íntimo, el proceso de secularización y la ética de raíz religiosa como han apuntado sus biógrafos (entre ellos el excelente resumen biográfico de Gerth y Mills) ello es reflejo de su raíz úl-

tima, del íntimo conflicto en la base de la personalidad de Max Weber ante la influencia autoritaria de su padre y el intimismo ético de su madre.

El resultado de éstas y otras muchas contradicciones intelectuales y personales es que Weber sea un filón para interpretaciones encontradas. No puedo intentar aquí, ni someramente, una clasificación de las muchas interpretaciones que de su obra se han hecho tanto en Europa como en América. Limitándome a las más frecuentes que de Weber han hecho los sociólogos, creo que pueden clasificarse en tres grandes grupos: la interpretación parsoniana, la de la sociología crítica y la interpretación humanista. A esta última pertenece la antología de Gerth y Mills y a ella me referiré más adelante. Pero creo es conveniente, para distinguirla debidamente, hacer primero un bosquejo de las otras dos interpretaciones principales a que me he referido.

Para un cabal entendimiento de lo que significa la interpretación que Talcott Parsons hace de Max Weber tendríamos que analizar aquí con detalle el punto de partida en su tesis, *La estructura de la acción social*. Ello no es posible hacerlo en esta recensión. Basta recordar que Parsons sostiene en ella que hay una confluencia del pensamiento social occidental hacia una teoría común. Entre los autores que usa para apoyar su tesis — Marshall, Durkheim, Pareto — Weber ocupa un lugar preeminente. Ello se demostrara también en la selección y traducción que Parsons hace de los textos weberianos bajo el título de *Teoría de la organización social y económica*. A ambas obras remito al lector.

En un artículo recogido en una colección fecha reciente dedicada a Weber¹ Parsons nos muestra de nuevo cual es «su» Weber. Para Parsons, según este trabajo, lo central en Weber no es la religión ni sus preocupaciones políticas y económicas sino su sociología del derecho y ello en un sentido muy particular, en cuanto Max Weber, según palabras del sociólogo de Harvard «estimaba que las estructuras y los fenómenos políticos y económicos no son inteligibles sin un profundo análisis de sus relaciones con el orden normativo, como lo demuestra el papel central que desempeña en su análisis la noción de autoridad». Ello se complementa, según Parsons, con que el interés empírico de Weber fue predominantemente dirigido a la religión, mejor dicho, «a los efectos más directos que tiene la adhesión a una ética religiosa sobre el comportamiento económico» y a su visión evolucionista — en sentido positivo — del «capitalismo burgués racional». «Este tipo de organización social — finaliza Parsons en su traba-

1. T. Parsons y otros: *Presencia de Max Weber*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1971.

jo — fue concebido como un conjunto muy amplio de elementos institucionales en el cual el derecho universalista y la autoridad racional-jurídica, así como la empresa económica orientada hacia la ganancia, desempeñan un papel central».

Están, pues, en este trabajo todos los elementos ideológicos de la versión parsoniana de la obra de Weber; sistema de normas y creencias, instituciones, legítima autoridad, variable independiente de la religión, evolucionismo progresista, occidentalismo. Otras preocupaciones conspicuas de Weber quedan afuera: el poder como monopolio de la fuerza, la lucha de clases determinada por la situación en el mercado capitalista, la «caja de hierro» de la burocracia. En un contexto más general Max Weber aparece, pues, como en toda la interpretación parsoniana, monóticamente como el teórico de la acción social orientada a fines, con olvido notorio como ha señalado agudamente Veron, de lo que significa como inconsecuencia con el pensamiento weberiano inicial la introducción de los «tipos ideales» en el nivel de análisis sociológico. (Será en realidad Parsons y no Weber, por cierto, quien llevara a sus extremas consecuencias teóricas la perspectiva interaccionista del sistema social «desde el punto de vista del actor».)

La sociología crítica contemporánea, de base generalmente marxiana, ha enfilado, en cambio, todos sus cañones contra Max Weber. Para el marxismo más ortodoxo — Winckelman, Jozyr-Kowalski — Max Weber es simplemente «un crítico de la primitiva variación mecanicista del materialismo histórico que era común en su época»². Su método de «sociología comprensiva» o su «sociología de la religión» no tendrían otro sentido. Para Marcuse, Weber «estaba fascinado por la misión histórica de la burguesía», estaba «orgulloso del burgués que llevaba dentro». Y con un ojo puesto en el clima de las ciencias sociales norteamericanas le hace objeto de este dudoso elogio: «pero en su análisis de la tendencia hacia la democracia plebiscitaria de masas y hacia la sumisión de la burocracia racional bajo caudillajes irracionales, se halla implícita toda una visión del futuro: hasta en su limitación es patente la superioridad de su sociología sobre toda pseudoconcreción sin una teoría propia»³.

En la misma línea, más penetrante, está la crítica de Lukacs⁴. Para Lukacs, Weber es la culminación de la sociología alemana del período guillermino, cuyos objetivos principales eran «demostrar la superioridad de

2. Stanisław Jozyr-Kowalski: *Weber y Marx*, *ibidem*.

3. Herbert Marcuse: *Industrialización y capitalismo en la obra de Max Weber*, *ibidem*.

4. Georg Lukacs: *El asalto a la razón*, Grijalbo, Barcelona-México, 1972, capítulo VI.

la forma alemana del Estado» y «refutar» al marxismo. En esta trayectoria Max Weber, según Lukacs, «ocupa un lugar especial». Por un lado porque, a diferencia de muchos de sus compatriotas, «considera la democracia como la forma más adecuada para la expansión imperialista de una gran potencia moderna». Por otro, porque su forma de refutar al marxismo es «mucho más sutil». El sagacísimo análisis de Lukacs detecta las fallas del sistema weberiano que luego desarrollarán críticas de otras latitudes: la «desintegración subjetivista de la realidad social objetiva» (Veron) y la «metodología dual» (Gouldner). Poniendo el dedo en la llaga de las contradicciones weberianas dice Lukacs que «sus sublimaciones igualmente formalistas conducen a analogías formales, y no a explicaciones causales» y que aunque combate el «irracionalismo anticuado» de la sociología alemana de su tiempo y trata de salvar la cientificidad de la sociología recurriendo a su «libertad de valores», al hacerlo así «desliza todo lo irracional de las valoraciones, en las posiciones». Por donde Max Weber «sólo expulsa el irracionalismo de la metodología, del análisis de los hechos concretos, para introducirlo como la base filosófica de la concepción del mundo». Lukacs ha captado pues muy bien el *mood* de Weber cuando lo considera un antecesor de la filosofía existencial y del pesimismo spengleriano. ¡Ojalá la «refutación» lukacsiana de Weber encontrase más seguidores de los que tiene y la fácil refutación de los no-lectores menos! Porque de un enemigo — intelectual o no — se aprende algo si se comprenden las razones de su enemistad y nada de su mero rechazo.

EL HUMANISMO WEBERIANO

From Max Weber, la obra recientemente traducida, representa arquetípicamente lo que hemos llamado la interpretación humanista de Weber.

La relación con Marx es un buen punto de partida. Parsons sostendría en la introducción a la selección de textos de Weber de *The Theory of Social and Economic Organization* (Free Press, 1947) que Weber «pronto se apartó de ella (la posición marxista) y se convenció que es indispensable asignar un importante papel a las ideas en la explicación de los grandes procesos históricos. Gerth y Mills no comparten en absoluto esta explicación, pues para ellos «parte de la obra de Weber (es) como un intento de rellenar el materialismo económico de Marx con un materialismo político-militar» (pág. 62). Irving Zeitlin, un marxólogo contemporáneo influido en buena dosis por Wright Mills irá más lejos: «no debe interpretarse la obra de Weber como un repudio de los principios metodológicos de Marx,

sino como un *redondeamiento* y una complementación de su método»⁵. Demasiado lejos, a mi juicio. Creo que están más en lo cierto Gerth y Mills cuando sostienen que Weber intentó «relativizar» la obra de Marx (en lo que coincide — sin simpatía — Lukacs, como hemos visto) a la que consideraba fecunda pero «unilateral». En lo que si están de acuerdo Gerth y Mills con Zeitlin es en oponerse a la interpretación parsoniana a la que Zeitlin acusa de ser «totalmente incorrecta» y hasta «con grotescas implicaciones».

La introducción y la selección de textos de Gerth y Mills creo que nos ofrecen una excelente muestra del pensamiento y las antinomias de Max Weber.

Por un lado su «filosofía del carisma» y su «culto del héroe» (páginas 57 y 67), lo que ve Lukacs como su «cesarismo democrático»; por el otro su racionalismo (pág. 67) como filosofía de la historia y además — la veta materna — «su humanismo, su amor por los oprimidos, su desprecio por las pretensiones y la mentira y su incesante campaña contra el racismo y la demagogia antisemítica» (pág. 57).

El punto de partida es el individuo como «unidad básica» de la acción social, en palabras de Weber, «el único depositario de una conducta significativa» (pág. 72). Típica reacción del pensamiento weberiano frente al colectivismo conservador y la exaltación de la *Volkegeist*. Pero Weber no es consecuente en toda su obra con este punto de partida. Su método tampoco. Porque Weber, como señalan acertadamente Gerth y Mills, «con su utilización del principio de explicación estructural se aproxima mucho al procedimiento analítico del pensamiento marxista, el cual emplea, en forma «desespiritualizada», al modo del pensamiento originariamente hegeliano y conservador» (pág. 75).

En ningún lugar de su teoría es esto más patente que en las breves e incisivas páginas de la parte tercera de *Wirtschaft und Gesellschaft* tan oportunamente seleccionadas por Gerth y Mills. (Es, por cierto, una ironía que los textos de los dos grandes teóricos de las clases sociales — Marx y Weber — sean tan lamentablemente breves). Se ha querido presentar a Weber particularmente por los sociólogos funcionalistas norteamericanos — *ad exemplum*: Barber — como el «refutador» de la teoría de las clases marxistas. Según estos últimos a la dicotomía marxista — explotadores y explotados — se opondría el esquema weberiano de una triple escala de estratificación — poder, status y clase — interrelacionadas. La imagen que

5. Irving M. Zeitlin: *Ideología y teoría sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968, pág. 128.

surge de los textos recogidos por Gerth y Mills es muy otra. Aquí sí que puede sostenerse plenamente aquello de que la obra de Weber es un «refinamiento» de Marx. Porque Weber después de tratar separadamente el «poder económicamente determinado», la «situación de clases por la situación de mercado» y las comunidades de «grupos de status» hace en la página 230 esta declaración: «Personas poseedoras y desposeídas pueden pertenecer al mismo grupo de status, y ello ocurre frecuentemente con consecuencias muy tangibles. *Sin embargo, a la larga, esta igualdad de estima social puede resultar bastante precaria*» (subrayado mío). A pesar del típico estilo dubitativo weberiano este párrafo no puede ser más significativo. «En último término» es la clase, la que prevalece. No en vano este texto de Weber ha sido rehuido sistemáticamente por los sociólogos de la complejidad.

Weber intentó reunir capitalismo y racionalismo: eso sí. «El capitalismo — escribe — es la forma superior de operaciones racionales» (página 87). Porque a Weber no le interesa investigar los problemas de la dinámicamente capitalista sino sus conexiones con la religión y los impulsos irracionales de los que intenta separarlo. Weber era un típico representante del liberalismo cultural. «Con esta concepción de la libertad como un fenómeno de origen histórico — dicen sobre su cosmovisión Gerth y Mills — en la actualidad a la defensiva contra el capitalismo y la burocracia, Weber representa más bien el liberalismo humanista y cultural que el liberalismo económico. La tradición humanista dentro de la cual Schiller escribió que «el hombre fue creado libre, es libre, y nació encadenado», queda clara en la preocupación de Weber por la decadencia del hombre cultivado como personalidad completa, en favor del técnico experto, tullido desde un punto de vista humano» (pág. 93).

La famosa *wertfrei* weberiana no es más que un reflejo en el plano de la metodología de que «veía la vida social como un politeísmo de valores en combate mutuo y consideraba posible una opción entre estos valores» (pág. 89). Nada más falseado pues que la imagen de un Weber, reiteradamente alimentada por los ideólogos conservadores por contraposición a Marx, que probara que las ideas y la religión habían «causado» el capitalismo. Para Weber la religión no era más que uno de tantos sistemas de valores, que se desarrolla autónoma y paralelamente al sistema económico, a veces afín, a veces no. ¿Por qué, pues, esta idea se ha mantenido tan tenazmente (y a pesar de la abrumadora prueba en contrario)? Zeitlin da una respuesta que basta: «parte de la explicación, sin duda, reside en la difundida pero errónea opinión de que Weber, en este caso, había refutado y mejorado a Marx».

La interpretación humanista de Weber es la que más me convence. Creo que es la que más se acerca a sus raíces ideológicas y a su «visión trágica». Weber era un hombre que, como el Pascal que Goldman nos ha presentado en *Le dieu caché* «respondía sí y no a la vez a los problemas fundamentales que plantean la vida del hombre y sus relaciones con los demás hombres y con el universo». Las raíces de esto están tanto en su propia biografía, como en la historia de su país y las inconsistencias de la propia sociedad burguesa alemana. Weber fue uno de esos intelectuales excepcionales que se sobrepuso en visión a su propia clase y a su propio tiempo, pero como los jansenistas — y tantos otros grupos de oposición intelectual — no tenía una base económica independiente de esa forma política y de esa situación social de la que se alejara en el plano ideológico. Weber nunca perteneció a «ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del movimiento histórico». Demasiado fiel a sus orígenes aunque intelectualmente descontento con ellos, quedó prendido de sus propias contradicciones existenciales. De entre ellas, no obstante, hay mucho que tiene valor para nosotros, que puede ser entresacado e inserto en la interminable lucha por conseguir las llamadas «condiciones pragmáticas del ejercicio de la norma de la objetividad». Entre otras cosas.

JUAN F. MARSAL